

Algunos nexos entre la escolaridad y el empleo en México, 1992

José B. Morelos*
Alejandro Aguirre*
Rodrigo Pimienta**

En el trabajo se compendian los principales hallazgos de diversos trabajos que abordan el tema de la relación entre educación y empleo y de las repercusiones de ambas variables en la desigual distribución del ingreso. Con la información de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica 1992 (Enadid), se contrasta el sentido de dicha relación para la población activa, mano de obra asalariada, no asalariada, y para los desocupados por grupos de edad y género. Los resultados sugieren que los factores operativos de la educación formal influyen parcialmente en los aumentos en el nivel de escolaridad de la población ocupada y en la tendencia ascendente del fenómeno de la feminización en la composición de la fuerza laboral.

Introducción

Los incrementos poblacionales y el proceso de rejuvenecimiento de la población, que alcanzó su umbral a finales de los setenta, han tenido repercusiones sustantivas y operativas del sistema de educación formal. Estos aspectos se entrecruzan con las respuestas a las presiones derivadas de la cuantía demográfica, con las demandas del entorno productivo y con la disponibilidad y asignación del gasto corriente y de inversión (Padua, 1990). Asimismo, los factores operativos modulan el proceso de expansión educativa. Entre los logros del incremento en los flujos educativos destacan la reducción de los montos de población excluida del sistema formal y una disminución importante en la diferenciación por género en los niveles de educación básica. Estas peculiaridades son en cierta forma desvirtuadas por las desigualdades de acceso y permanencia en el sistema que persisten en las entidades federativas con mayor retraso económico (Bracho y Ramírez, 1994).

Por el lado de la oferta, la eficiencia terminal del sistema de educación formal tiene relación con los perfiles educativos de los trabaja-

* Profesor-investigador de El Colegio de México.

** Profesor-investigador de la UAM-Xochimilco. Consejo Nacional de Población. Los autores agradecen los comentarios de dos lectores anónimos.

dores de reciente ingreso al mercado de trabajo, de los ocupados y desocupados, con o sin previa experiencia laboral, y de los migrantes hacia Estados Unidos; asimismo, influye en la determinación de la expresión numérica de los mercados de trabajo formales e informales, en los niveles de remuneraciones, en la movilidad geográfica y en el comportamiento de la distribución de los ingresos salariales, entre otros.

Los estudios de corte sociodemográfico en los que se examinan los vínculos entre la educación y el empleo hacen hincapié en algunas características de la oferta por medio del análisis de tabulaciones en las que se combinan los niveles de instrucción de la población con el sexo, edad, ingresos y áreas metropolitanas (Muñoz y Suárez, 1994); los promedios de escolaridad de la población ocupada por sexo, ocupación, rama de actividad, posición en la ocupación y entidad federativa (Jusidman y Eternod, 1994); o bien relacionan la escolaridad con la participación de las mujeres por grandes grupos de edad y sector social en distintos años (García y Oliveira, 1994). Con la excepción de este último trabajo, donde se trabaja con dos grupos de edad (20-34 y 35-49), en los restantes la información se presenta para la población activa de 12 años o más. Por otra parte, Muñoz y Suárez incluyen en su estudio el comportamiento de las tasas de desempleo abierto en las áreas metropolitanas de la ciudad de México, Monterrey y Guadalajara, según el nivel de instrucción.

El presente trabajo tiene como propósito documentar los perfiles educativos de la mano de obra ocupada según sector formal e informal, de los desocupados y de la población que trabajó en Estados Unidos. Por su finalidad se inscribe en la misma dirección que los trabajos antes citados, pero tiene la ventaja de que incluye las tasas de participación por grupos decenales de edad, sexo y situación ocupacional, y la limitante de que la información referida está circunscrita al entorno nacional.

A pesar de esta restricción en el uso de diversas fuentes —encuestas *ad hoc* (García y Oliveira, 1994), las Encuestas Nacionales de Empleo Urbano y de la Migración a las Áreas Urbanas, ambas para el primer trimestre de 1987 (Muñoz y Suárez, 1994), el Censo de Población y Vivienda de 1990 (Jusidman y Eternod, 1994), los hallazgos más relevantes de éstas y otras investigaciones en las que se analizan las repercusiones de la relación entre los salarios, la escolaridad y la distribución del ingreso servirán para corroborar la diferente participación según los niveles de instrucción, y también como marco de

referencia para estructurar el presente análisis y formular algunos comentarios sobre los patrones educativos de la población activa en los inicios de la década de los noventa.

Para ello se utilizarán los datos de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid, 1992); las variables seleccionadas fueron: edad, sexo, condición de actividad,¹ situación en el trabajo,² trabajó en Estados Unidos³ y nivel de escolaridad (nivel de instrucción).⁴ Los datos sobre la situación en el trabajo se reagrupan en dos categorías: asalariados y no asalariados; la primera incluye sólo a los empleados y obreros y la segunda a los trabajadores por cuenta propia y a los trabajadores que no reciben remuneración. Esta recomposición facilita la estimación de los porcentajes en la población activa de asalariados y no asalariados, los cuales se interpretan como indicadores gruesos de los sectores formal e informal, respectivamente (Schultz, 1990).

Se incluyó la información de los individuos que trabajaron o buscaron trabajo en Estados Unidos con el fin de mostrar algunos aspectos de la selectividad de la migración. Además se piensa que el examen de las características por edad, sexo y nivel educativo aportará algunos indicios sobre los cambios que se han operado en estas variables. Algunos trabajos destacan la disminución de los flujos migratorios campesinos en los últimos años y, en contrapartida, el aumento de migrantes de origen urbano y el predominio de la población masculina, aunque se aprecia un ligero aumento de las mujeres en las corrientes migrato-

¹ La condición de actividad se define como "la situación que distingue a las personas de 12 años y más de acuerdo con el desempeño o no de una actividad económica durante la semana anterior a la fecha de la entrevista" (INEGI, 1994a). La población activa incluye por lo tanto a los ocupados en el periodo de referencia independientemente del tiempo trabajado; a los ocupados, que tenían trabajo, pero que por alguna razón no trabajaron y a los desempleados que durante la semana anterior buscaron activamente trabajo.

² Incluye las siguientes categorías: empleado u obrero; jornalero o peón de campo; trabajador por cuenta propia; patrón o empresario; trabajador sin pago en el negocio o predio familiar; y trabajador no familiar sin pago (Enadid, 1994a).

³ Se considera como tal a la "persona que alguna vez ha ido a Estados Unidos de América a trabajar, a buscar trabajo, o que en el momento de la entrevista se encuentra en ese país trabajando o buscando trabajo" (INEGI, 1994a).

⁴ Se refiere al "último grado de estudios aprobado en algunos de los ciclos de instrucción del sistema educativo nacional". Los ciclos de instrucción son: primaria, secundaria y secundaria técnica; bachillerato y bachillerato técnico; estudios de nivel superior (licenciatura o tecnológicos); y posgrado (estudios de maestría y doctorado) (Enadid, 1994a).

En el trabajo se engloban bajo el rubro de Secundaria, los ciclos de instrucción secundaria y secundaria técnica; y en el de Preparatoria, los de bachillerato y bachillerato técnico.

rías más recientes hacia Estados Unidos (Cantú y Moreno, 1994). En cuanto a la educación, algunos resultados indican la poca importancia que tiene esta variable. Al respecto debe aclararse que los análisis se refieren al papel que desempeña la escolaridad en la explicación de cómo se obtiene de manera definitiva la residencia en el territorio estadounidense (Massey, 1987). Por el tipo de datos utilizados se podrán documentar los cambios en la selectividad por grupos de edad. De manera indirecta, mediante el examen de los perfiles educativos de las generaciones viejas y jóvenes, se describirán los cambios en la composición de los trabajadores migrantes según la escolaridad.

El presente trabajo consta de tres secciones. En la primera se resumen los principales hallazgos de diversos trabajos en los que se alude a los nexos entre la educación y el empleo. En la segunda, el interés se centra en la descripción del comportamiento de las tasas de participación según las características seleccionadas: la distribución por edad, sexo y escolaridad de las personas que trabajaron o estaban buscando trabajo en Estados Unidos. Finalmente, la tercera se dedica a las principales conclusiones.

Educación y empleo: algunos diferenciales relevantes

Los distintos estudios destacan la importancia de la educación como causa de la participación de los individuos en el mercado de trabajo: se aducen razones subjetivas y objetivas que están relacionadas con el valor que le asignan los individuos para tener acceso a mejores empleos, con el grado de autonomía para decidir la incorporación a la fuerza laboral, con la flexibilidad para adaptarse a las situaciones cambiantes que impone la evolución económica en general y las transformaciones del aparato productivo en particular. Además, los estudios muestran que la influencia de la educación se deja sentir en el grado de segmentación de los mercados de trabajo, en las diferencias salariales y en la persistencia de la desigualdad en la distribución del ingreso.

La relación entre la educación y la propensión a participar en el mercado de trabajo explica los cambios en la composición por género de la fuerza de trabajo. Aunque la tendencia creciente de la feminización de la mano de obra en México ha sido una de las características de la fuerza de trabajo en las últimas décadas, el proceso tiene pautas diferenciadas según el sector social y la época de que se trate. En 1982 los resultados concernientes al trabajo femenino confirman la asociación

entre educación y propensión al trabajo extradoméstico en los distintos sectores analizados. En cambio, en 1987 las diferencias afloran. En el sector agrícola, las menos escolarizadas tienen mayor participación que las más escolarizadas; en los sectores populares (asalariadas, no asalariadas) no hay diferencias significativas, pero en los sectores medios la propensión a trabajar está directamente relacionada con la escolaridad (García y Oliveira, 1994: 87-88). Estas autoras atribuyen a la crisis los cambios en la dirección y el grado de asociación entre estas dos variables, variaciones que hacen más compleja dicha relación (*Id.*).

El estudio sobre la educación y el empleo referido a las tres áreas metropolitanas corrobora la relación directa entre escolaridad y empleo en esos espacios geográficos, tanto para hombres como para mujeres. Los resultados aportan elementos adicionales, como las diferencias en los niveles de las tasas de participación de la población según hayan o no terminado los distintos ciclos escolares. Por ejemplo, para la población activa de 12 años o más con primaria y secundaria completa, los valores de las tasas de participación superan los niveles correspondientes a los trabajadores con secundaria y bachillerato incompletos. Además, las diferencias espaciales las atribuyen a “las peculiaridades de los procesos de industrialización, urbanización y desarrollo de las actividades terciarias en cada de una de las tres ciudades” (Muñoz y Suárez, 1994: 491).

Respecto al género, Muñoz y Suárez subrayan la importancia que tiene la educación superior de las mujeres para incrementar su participación en las actividades económicas, rasgo que es más notorio en el caso de Monterrey. En cuanto al desempleo, encuentran que esta variable está inversamente relacionada con la escolaridad; asimismo, observan diferencias por género y por ciudades. En relación con los vínculos entre la educación y el ingreso, subrayan el credencialismo, es decir, la obtención de diploma en cada ciclo escolar, como factor que aumenta las posibilidades de mayores ingresos en las tres ciudades (Muñoz y Suárez, 1994: 492).

Esta relación inversa entre desempleo y escolaridad la documenta Schiefelbein (1978) en su análisis sobre la educación y el empleo en diez ciudades latinoamericanas;⁵ además, el autor encuentra que

⁵ En este estudio el autor hace un análisis comparativo con base en los datos obtenidos por muestreo en las siguientes diez ciudades: Managua (1972), Santo Domingo (1973), Santiago de los Caballeros (1973), San Salvador (1974), Asunción (1973), Tegucigalpa (1975), Lota y Coronel (1970 y 1971), Concepción y Talcahuano (1970 y 1971) y Santiago (1970 y 1971).

el nivel educativo, medido en años de escolaridad, de quienes buscan trabajo por primera vez –hombres y mujeres– es más alto que la de aquellos que se encuentran ocupados, aunque estos últimos cuentan con más experiencia y mayores destrezas adquiridas. En las diez ciudades encuestadas, los datos confirman una relación directa entre ingreso y escolaridad, pero se comenta que esta relación puede verse influida por el sexo, la edad, el tipo de ocupación y el tamaño de la empresa. Otros hallazgos señalan que las mujeres ocupadas superan a los hombres en cuanto a sus niveles educativos. Pero cuando se examina la escolaridad sin hacer la distinción entre ocupados y no ocupados, los hombres registran niveles de escolaridad más altos que las mujeres.

Al igual que en las diez ciudades latinoamericanas, en México los datos referidos a la población total muestran que los hombres aventajan a las mujeres en el promedio de escolaridad (Jusidman y Eternod, 1994). En el ámbito urbano, Parker (1994) reporta el mismo patrón. Asimismo, se observa que el promedio de escolaridad de las mujeres trabajadoras es mayor que el de los trabajadores. Esta característica la encontraron Selby *et al.* en el estudio que realizaron sobre diez ciudades mexicanas.⁶ Los datos del censo de 1990 confirman dicha peculiaridad en las áreas metropolitanas, ciudades grandes, medianas y pequeñas; incluso, la mayor escolaridad de las mujeres activas persiste en las localidades menores de 2 500 habitantes. La ventaja –en términos de escolaridad– de las mujeres activas frente a los trabajadores masculinos que se observa por tamaño de localidad se reproduce también en el nivel de entidad federativa, por situación en el trabajo, con la excepción del grupo de empresarios, y en nueve de los quince sectores de actividad analizados (Jusidman y Eternod, 1994).

Los trabajos reseñados documentan la importancia de la educación como factor que aumenta las posibilidades de participar en la actividad económica y la regularidad de los diferenciales por género, en los que se aprecia que, desde el punto de vista del nivel de instrucción, las mujeres trabajadoras están en situación más favorable que los trabajadores.

A continuación se mencionan los resultados de un par de estudios en los que se hace hincapié en las relaciones entre la escolaridad y

⁶ Las ciudades, objeto de estudio, son: Distrito Federal, Mexicali, Mérida, San Luis Potosí, Querétaro, Tampico, Villahermosa, Mazatlán, Reynosa y Oaxaca.

los niveles salariales o de ingreso, así como en algunas derivaciones que resultan de la interdependencia entre la educación y la distribución desigual del ingreso. Al examinar el comportamiento de la escolaridad y niveles salariales por género y posición en la ocupación se encuentra que, tanto en 1986 como en 1992, los promedios de escolaridad de las trabajadoras asalariadas son mayores a los de los hombres; mientras que en el caso de los trabajadores por cuenta propia, la escolaridad de las mujeres es inferior a la de los hombres. En el caso de los asalariados, la causa parece residir en las exigencias del nivel tecnológico del mercado de trabajo industrial y la tendencia hacia la disminución de oportunidades en este mercado para el personal con menores niveles de educación (Parker, 1994). Esta observación deja de lado la depreciación de la escolaridad femenina, en el sentido de que la mayor escolaridad de las mujeres asalariadas con respecto a los asalariados no se refleja en niveles de remuneración superiores. Este fenómeno se encontró en el caso de las áreas metropolitanas, aunque se identifica básicamente con las mujeres con educación superior: "Una gran parte de los educados en el nivel superior aceptó empleos de rango social y remuneraciones más bajas, que anteriormente, ante la escasez de puestos apropiados a su nivel de escolaridad y una mayor oferta de profesionales" (Muñoz y Suárez, 1994: 500). De acuerdo con estos autores, dichas desigualdades resultan de la puesta en práctica de distintas políticas educativas que se conjugaron con las políticas de contención salarial.

La depreciación de la escolaridad se identificó en América Latina con el concepto de devaluación educativa. Esta noción explica la falta de correspondencia en el sector industrial, entre los niveles de escolaridad y remuneraciones o el aumento de la escolaridad para ocupar puestos de trabajo menos especializados (Tedesco, 1980; Schiefelbein, 1978). En el caso mexicano se utilizó la acepción de minusvaloración de la educación para interpretar dicho fenómeno (Muñoz Izquierdo *et al.*, 1978). Estos autores, al examinar el comportamiento de distintas cohortes, observaron que mientras las generaciones más viejas y con bajos niveles de educación encontraban acomodo en ocupaciones especializadas, las generaciones más jóvenes con niveles de educación iguales a los de las cohortes que les antecieron eran contratados para ocupar puestos de trabajo menos especializados o tenían que buscar trabajo fuera del sector fabril; asimismo, se sostenía que la minusvaloración se presentaba en forma más acentuada entre las mujeres.

Entre las repercusiones que la devaluación educativa tiene en el ámbito de la equidad, sobresalen los efectos en las pautas de la distribución del ingreso. En este contexto se pueden citar los hallazgos de dos trabajos recientes: Parker (1994) y Székely Pardo (1995). De acuerdo con Parker, entre 1986 y 1992, las variaciones hacia la baja de los salarios reales de los menos educados y la ampliación de la distancia entre los trabajadores con niveles bajos y altos de escolaridad se interpretan como una señal del deterioro en las pautas de distribución del ingreso. Por otro lado, las observaciones de Székely Pardo coinciden con la explicación de Parker cuando afirma que en el periodo 1984-1989 los trabajadores se vieron en la necesidad de desempeñar trabajo especializado, pero con un nivel de remuneración más bajo, el cual no correspondía a ese tipo de ocupaciones; o bien, tuvieron que conservar su empleo pero con una percepción menor. Los efectos consecuentes fueron: *a)* las diferencias salariales entre los analfabetos y aquellos con educación primaria y secundaria se redujeron y *b)* la distancia, en términos de salarios, entre los menos educados y los trabajadores que contaban con educación superior aumentó de manera importante. Lo anterior contribuyó a elevar los niveles de desigualdad del ingreso. Esta tendencia se acentúa en el periodo 1989-1992, durante el cual la desigualdad entre los niveles educativos tuvo una contribución de casi 30% a la desigualdad total.

Educación y características económicas

A continuación se describirán algunas características de la educación de la población según la condición de actividad y la situación en el trabajo, ya que el apartado de datos generales de la Enadid fue omitido en los rubros de ocupación, rama o sector de actividad económica e ingresos.

En el cuadro 1 se clasifica a la población según su condición de actividad, grupos decenales de edad, género y ciclos de escolaridad. Los datos relativos a la población activa indican, en el caso de los hombres, que 60% tiene niveles de primaria, 23% secundaria y un 17% restante preparatoria o más. Para las mujeres los porcentajes son 48, 32 y 20, respectivamente.

Entre la población inactiva la proporción de mujeres con primaria es de 65%, cifra superior en 17 puntos porcentuales a la de los hombres (cuadro 1). Para la población total, los valores correspon-

CUADRO 1
Distribución de la población según condición de actividad, edad, sexo
y ciclos de escolaridad, 1992 (porcentajes)

<i>Ciclos y edad</i>	<i>Activos</i>							
	<i>Hombres</i>				<i>Mujeres</i>			
	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>Total</i>	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>Total</i>
12-19	60.94	33.59	5.47	100.00	52.83	38.88	8.28	100.00
20-29	43.57	32.55	18.44	100.00	31.69	39.43	28.88	100.00
30-39	57.84	18.52	23.64	100.00	48.08	28.89	23.03	100.00
40-49	70.93	13.36	15.71	100.00	63.46	21.68	14.86	100.00
50-59	82.90	7.75	9.35	100.00	77.80	14.26	7.93	100.00
60-69	90.41	4.21	5.38	100.00	88.65	7.86	3.49	100.00
70 y +	93.39	3.35	3.25	100.00	94.59	2.70	2.70	100.00
Total	60.07	23.01	16.92	100.00	48.09	32.20	19.71	100.00
	(39 060)	(14 961)	(11 001)	(65 022)	(10 900)	(7 299)	(4 468)	(22 667)
<i>Inactivos</i>								
12-19	43.58	42.30	14.12	100.00	50.07	39.57	10.37	100.00
20-29	16.32	17.44	66.23	100.00	53.79	31.79	14.42	100.00
30-39	60.12	21.81	18.07	100.00	75.72	17.33	6.94	100.00
40-49	76.25	14.08	9.68	100.00	86.49	10.19	3.32	100.00
50-59	81.31	10.53	8.16	100.00	90.84	6.69	2.46	100.00
60-69	83.18	8.36	8.46	100.00	91.81	5.33	2.86	100.00
70 y +	86.93	6.14	6.93	100.00	92.55	4.97	2.48	100.00
Total	47.94	34.31	17.75	100.00	64.97	26.13	8.90	100.00
	(9 278)	(6 640)	(3 436)	(19 354)	(39 636)	(15 943)	(5 430)	(22 667)

Nota: A = primaria; B = secundaria y secundaria técnica; C = preparatoria y más.
 Los datos entre paréntesis son las cifras absolutas.

Fuente: INEGI (1994b).

dientes a la población masculina con secundaria o más da 43%, mientras que el de las mujeres se reduce a 35%. Para la población total, la distribución según los niveles de escolaridad y sexo sugiere que los hombres aventajan a las mujeres en términos de escolarización, lo que coincide con los hallazgos de otros estudios (Jusidman y Eternod, 1994; Parker, 1994). Esta situación refleja los efectos de la expansión educativa que ha favorecido más a los hombres que a las mujeres.

La manera en que se encuentran distribuidos los hombres y las mujeres activos, mayoritariamente en primaria los primeros, y en secundaria o más las segundas, es una evidencia que sugiere una venta-

ja, en términos de escolarización, de las participantes en el mercado de trabajo. Estos resultados son similares a los reportados por otros autores, tanto en México como en América Latina, según vimos en la primera sección.

Un examen por grupos de edad y género del cuadro 1 sugiere que se elevaron los niveles de escolarización de las generaciones más jóvenes y que un primer cambio correspondió a las generaciones que nacieron a partir de 1930. Pero cambios más rápidos, dados los niveles de las proporciones de secundaria y preparatoria o más, corresponden a las generaciones que nacieron a partir de los años cincuenta, periodo que coincide con la expansión del sistema educativo del país.

En la primera parte del trabajo se señaló que en las áreas urbanas los datos indicaban una relación directa entre la educación y la tasa refinada de participación y tasas específicas seleccionadas.⁷ El comportamiento de las tasas de participación total muestra una "V", lo cual significa valores altos en las categorías extremas y un valor inferior en la de educación secundaria. El patrón de las tasas de participación total de las mujeres es creciente. La relación directa entre la escolaridad y la participación de las mujeres en el mercado de trabajo, entre los 20 y 59 años, es una evidencia empírica de que el proceso de feminización de la fuerza de trabajo guarda una estrecha relación con la escolaridad. En el caso de los hombres no se observa un comportamiento tan definido (véase el cuadro 2).

En el cuadro 3 se incluyen las tasas de participación por edad y sexo para los asalariados. Los valores correspondientes a los hombres muestran una relación directa entre la escolaridad y el nivel de la tasa de participación. Para el total de asalariados, la tasa neta de participación de los más escolarizados supera en 20 puntos porcentuales la de los menos escolarizados. Por grupos de edad se observa el mismo patrón a partir del grupo 30-39 años. En las mujeres se reproducen los mismos patrones que en la población masculina (véase el cuadro 3).

En el cuadro 4 se consignan las tasas de participación por edad y sexo del "sector informal". Los datos de este cuadro sugieren, en el caso particular de los hombres, una relación inversa entre las tasas de

⁷ La tasa refinada resulta de dividir la población activa de 12 años o más entre la población total a partir de esa edad; las tasas específicas se obtienen al calcular el cociente entre la población activa de un grupo de edades y la población total de esas mismas edades.

CUADRO 2
Tasas de participación según edad, sexo y escolaridad, 1992 (porcentajes)

<i>Ciclos y edad</i>	<i>Hombres</i>				<i>Mujeres</i>			
	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>Total</i>	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>Total</i>
12-19	54.33	40.31	24.78	45.96	18.22	17.19	14.43	17.44
20-29	96.82	95.51	80.43	91.93	24.30	40.33	52.18	35.27
30-39	97.84	97.56	98.40	97.92	26.16	48.18	64.92	35.81
40-49	96.22	96.30	97.80	96.48	24.69	48.75	66.67	30.89
50-59	89.17	85.60	90.25	88.98	20.70	39.37	49.52	23.36
60-69	74.93	58.08	63.64	73.34	13.66	19.46	16.67	14.07
70 y +	48.86	32.69	29.46	47.08	7.55	4.17	8.00	7.40
Total	80.81	69.26	76.20	77.06	21.57	31.40	45.14	27.09

Para los ciclos de instrucción véase la nota a pie del cuadro 1.

CUADRO 3
Tasas de participación de los asalariados según escolaridad, edad y sexo, 1992 (porcentajes)

<i>Ciclos y edad</i>	<i>Hombres</i>				<i>Mujeres</i>			
	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>Total</i>	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>Total</i>
12-19	17.47	21.55	14.61	18.74	11.25	13.56	10.85	12.12
20-29	42.18	61.35	55.58	51.84	13.57	32.52	24.09	25.76
30-39	42.88	64.80	68.71	53.03	12.83	36.42	52.14	22.89
40-49	37.68	59.26	61.93	44.32	10.18	34.14	52.50	16.39
50-59	27.39	44.22	52.48	31.06	6.62	24.00	38.10	9.26
60-69	16.75	25.25	27.27	17.86	3.63	13.51	7.29	4.30
70 y +	7.59	11.54	12.50	8.03	0.92	4.17	—	1.05
Total	30.08	42.19	51.06	36.77	10.61	24.39	36.14	17.46

Para los ciclos de instrucción véase la nota a pie del cuadro 1.

participación y los niveles de escolaridad, es decir que el sector informal concentra a la población activa menos escolarizada. Un segundo aspecto es que las tasas para los trabajadores con nivel de primaria aumenta con la edad (12-69 años). Para quienes tienen educación secundaria, los aumentos se dan hasta el grupo de 50-59 y para los que reportaron estudios de preparatoria o más, con la salvedad del valor de la tasa del grupo 60-69, el punto de inflexión ocurre en el grupo de 40-49.

CUADRO 4

Tasas de participación del trabajador informal según escolaridad, edad y sexo, 1992

Ciclos y edad	Hombres				Mujeres			
	A	B	C	Total	A	B	C	Total
12-19	20.69	10.72	6.50	15.37	4.89	2.24	2.43	3.60
20-29	30.64	21.62	16.89	24.11	9.10	5.87	6.31	7.44
30-39	34.17	24.79	21.96	29.55	11.89	10.36	10.17	11.34
40-49	39.16	29.63	24.67	35.64	13.02	12.67	11.11	12.84
50-59	43.59	33.67	24.11	40.99	13.09	13.26	6.19	12.85
60-69	43.52	26.26	27.27	41.60	9.25	5.95	7.29	9.00
70 y +	32.77	5.77	9.82	30.27	6.26	—	4.00	5.90
Total	32.06	17.69	17.44	25.88	9.42	5.41	6.36	7.95

Para los ciclos de instrucción véase la nota a pie del cuadro 1.

En cuanto a las mujeres que se desempeñan en el sector informal, se encuentra una relación directa entre el nivel de la tasa y los grupos de edad para las que cuentan con estudios de primaria y secundaria.

Las asimetrías en el comportamiento de los niveles de escolaridad de los trabajadores que laboran en el sector formal y en el informal sugieren diferencias, tanto dentro de cada uno de los sectores, como entre ambos sectores. Aunque los informales tiene una educación menor que los asalariados, esta desventaja se contrarresta con un mayor rendimiento de la escolaridad en términos de salarios por hora (Parker, 1994).

Es importante señalar que la separación de la población activa de uno de sus componentes (los que buscan trabajo por primera vez) tiene como propósito dar una idea de cuáles son las características educativas de quienes buscan trabajo, que constituyen uno de los grupos del rubro de población desocupada. En el cuadro 5, los valores de las tasas indican que, para el total de desempleados, el valor más alto corresponde a los que buscan trabajo y tienen un nivel de escolaridad de secundaria; los valores correspondientes para hombres y mujeres son 4 y 2.4%, respectivamente. Asimismo, las tasas más bajas pertenecen a los más escolarizados, resultando ligeramente superior la de las mujeres; sus valores son 0.5 para la población femenina y 0.4 para la masculina (véase el cuadro 5). Por otra parte, las tasas de desempleo registran los niveles más altos en los dos primeros grupos de edad indistintamente del nivel de escolaridad.

CUADRO 5
Tasas de desempleo (buscadores de trabajo) por edad, sexo y escolaridad, 1992

<i>Ciclos y edad</i>	<i>Hombres</i>				<i>Mujeres</i>			
	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>Total</i>	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>Total</i>
12-19	5.22	7.72	0.41	6.19	2.35	5.01	0.42	3.61
20-29	3.25	3.54	0.93	3.50	1.49	2.52	1.02	2.49
30-39	2.59	1.32	0.29	2.03	0.89	0.68	0.16	0.79
40-49	2.87	1.68	0.13	2.39	1.07	0.00	0.07	0.75
50-59	2.26	0.95	0.04	1.98	0.59	0.53	0.15	0.69
60-69	1.78	0.87	—	1.65	0.25	0.00	—	0.22
70 y +	0.84	—	—	0.79	1.43	0.00	—	1.35
Total	3.14	4.00	0.44	3.25	1.33	2.44	0.49	1.92

Para los ciclos de instrucción véase la nota a pie del cuadro 1.

Con la excepción de los dos grupos de edad antes mencionados, en particular los valores de los buscadores de trabajo con nivel secundaria, el comportamiento de las restantes tasas por edad y sexo indican un relación inversa entre la escolaridad, la edad y el desempleo, evidencia que se había reportado para las diez ciudades latinoamericanas (Schiefelbein, 1978). En el caso de las tres áreas metropolitanas, los datos muestran que el riesgo de estar desempleado es mayor entre la población que cuenta con educación profesional y que dicho riesgo es más marcado entre la población femenina (Muñoz y Suárez, 1994). Las tasas de desempleo, obtenidas con base en los datos de la Enadid92, indican para el país en su conjunto que los más altos niveles (hombres y mujeres) se registran entre la población que cuenta con secundaria. Una posible explicación tiene que ver con las diferencias en la información utilizada para estimar las tasas de desempleo en función de la escolaridad. Sin embargo, si se obtiene la proporción de mujeres que buscan trabajo en relación con los hombres, el número de mujeres aumenta en la medida que crece el nivel de escolaridad. Uno de cada diez desempleados con educación primaria es mujer; con educación secundaria la relación es casi de uno a tres y, en el caso del bachillerato o más, por cada 100 hombres hay 39 mujeres.

Aunque se desconoce la importancia de la escolaridad en la propensión a migrar a Estados Unidos, se piensa que el proceso de expansión educativa junto con los cambios en la composición según lugar de

origen de este tipo de migración son factores que, en parte, explicarían los cambios en el perfil educativo de la población migrante al país vecino.

El patrón de la población migrante según edad corresponde al observado en la migración interna; los valores más altos corresponden al grupo de edad 20-29, el cual concentra a 27.9% de los hombres y a 31.1% de las mujeres (véase el cuadro 6). Algunas particularidades emergen cuando se combinan la edad y el nivel de instrucción. Además, en la población migrante con nivel de primaria (hombres y mujeres) el valor corresponde al grupo de edad de 30-39; la población con secundaria y preparatoria o más se da en el grupo de edad 20-29 (véase el cuadro 6). Conjuntamente, el proceso de rejuvenecimiento que muestran los datos del cuadro, la mayor escolarización derivada del proceso de expansión educativa y el cambio en los orígenes urbano-rurales de los migrantes explican el cambio en los perfiles de educación, los cuales favorecen a las generaciones más jóvenes.

CUADRO 6
Trabajadores migrantes según escolaridad, edad y sexo, 1992
(porcentajes)

Ciclos y edad	Hombres				Mujeres			
	A	B	C	Total	A	B	C	Total
12-19	2.58	8.31	2.98	3.71	5.58	15.95	6.96	8.61
20-29	19.41	48.47	51.40	27.85	22.05	46.72	45.22	31.08
30-39	26.79	27.29	28.60	27.05	29.66	22.51	25.22	27.25
40-49	18.83	10.12	9.59	16.33	17.62	8.83	10.43	14.50
50-59	16.08	3.14	3.97	12.52	13.56	3.70	6.09	10.12
60-69	10.82	1.73	2.31	8.31	7.60	1.99	0.87	5.42
70 y +	5.49	0.94	1.16	4.23	3.93	0.28	5.22	3.03
Total	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00

Para los ciclos de instrucción véase la nota a pie del cuadro 1.

Hallazgos y conclusiones

Con la idea de orientar la descripción de los datos se hizo una breve revisión de algunos trabajos en los que se caracterizan y analizan los nexos entre la escolaridad y la participación de la población en el mercado laboral. Con fines más descriptivos que analíticos se exami-

naron los perfiles educativos de la población activa y se evaluó la consistencia de los resultados en función de los patrones de comportamiento documentados en otros estudios. A continuación se resumen algunos de los principales hallazgos:

– Para la población en su conjunto, los hombres aventajan a las mujeres en escolaridad. Este comportamiento se explica, por una parte, porque la población femenina inactiva está en promedio menos escolarizada que los hombres y, por otra, por los efectos de cohorte y periodo. En las cohortes más jóvenes, la proporción de mujeres en el sistema escolar es casi igual que la de los hombres, mientras que en las cohortes más viejas había una clara discrepancia en dichas proporciones. La influencia del periodo tiene que ver con el lapso durante el que se hace dinámico el proceso de expansión educativa del país, gracias al cual se ha reducido de manera importante el analfabetismo y, desde la perspectiva del género, ha sido menos desigual, sobre todo en épocas recientes.

– Los datos provenientes de la Enadid referidos a los ciclos de instrucción aportan evidencias que están en la misma dirección que los resultados de otros estudios referidos a las ciudades latinoamericanas y al caso de México. Es decir, en los mercados de trabajo es notoria la mayor escolaridad de la población femenina. Desde esta perspectiva se puede señalar que, en los noventa, esta característica de la población femenina que participa en la producción de bienes y servicios se convierte en un rasgo peculiar de los mercados de trabajo, tanto en el ámbito nacional como en los espacios urbanos y semiurbanos.

– Desde esta perspectiva es posible suponer que la mayor escolarización de la mujer se encuentra en estrecha relación con el proceso de feminización de la mano de obra. El comportamiento de las tasas de participación de la población femenina total (véase el cuadro 2) y las de las mujeres asalariadas (véase el cuadro 3) apoyan esta observación. El patrón de las tasas femeninas de las mujeres con secundaria y aquellas con preparatoria o más guardan una cierta semejanza con la de los hombres. Las tasas de las asalariadas aumentan a medida que las mujeres están más escolarizadas.

Por lo anterior puede afirmarse que la feminización de la mano de obra mexicana y la velocidad con que se ha dado han estado en buena medida influidas por la expansión educativa. Si se atiende a las evidencias relativas a la devaluación o minusvaloración educativa, la mujer enfrenta una situación de desventaja. No sólo se le exige mayores niveles de instrucción sin pagársele conforme dichos niveles, sino

que además su salario se mantiene por debajo del de los hombres, en condiciones iguales de trabajo. Por otro lado, la caída en los salarios reales, la creciente desigualdad y la baja escolaridad de las mujeres, principalmente de las integrantes de los sectores populares, han sido, entre otros factores, los que explican la incorporación de la mano de obra femenina en el sector informal, pues difícilmente pueden ser admitidas en el sector formal.

En cuanto al comportamiento del desempleo se observan tasas más elevadas para la población masculina y femenina que cuenta con educación primaria, así como un aumento en la proporción de mujeres que solicitan empleo por primera vez con niveles de educación por arriba de primaria. Dichos comportamientos pueden atribuirse, por el lado de las desempleadas, a que cuentan con perfiles educativos más altos como resultado de la expansión educativa y al aumento de los contingentes de población que intentan incorporarse al mercado de trabajo, factores que se combinan con la disminución de la oferta de empleos como resultado de la crisis de los años ochenta.

En cuanto a los perfiles educativos de los migrantes a Estados Unidos, se aprecia una tendencia al incremento de los niveles de escolarización de los trabajadores migrantes, tendencia que se desprende al comparar distintas cohortes. Aunque son múltiples los factores que explican la selectividad según la educación de la población que emigra hacia el país vecino, la información disponible no permite establecer la importancia que al respecto tienen las diferencias en las tasas salariales, la falta de empleos en el país por la pérdida de dinamismo de la economía mexicana o las redes familiares, entre otros.

Por otra parte, la selectividad señalada, vista desde el ángulo del país emisor, tiene, entre otras repercusiones, una disminución relativa de los acervos de capital humano. Aunado a lo anterior están los costos de la formación de estos recursos y erogaciones con cargo a la economía familiar y del país. Estos gastos en parte se subsanan con las remesas de dinero que impactan favorablemente en los ingresos familiares y en la dinámica económica de las localidades de origen.

Por último, resulta de interés destacar la conveniencia de analizar el efecto de la crisis en la relación educación-empleo. Como se sostiene en uno de los estudios, dicha relación se tornó más compleja en los años ochenta. Por lo intrincado del fenómeno se hace necesario estudiar los aspectos de la oferta y de la demanda para entender algunas de las particularidades de esta asociación. No obstante, los trabajos deben cubrir ámbitos territoriales distintos: entidades federativas, re-

giones y, sobre todo, las localidades rurales, de las cuales hay un desconocimiento de la manera como se dan los nexos entre educación y empleo.

Bibliografía

- Bracho, Teresa y Alfredo Ramírez (1994), *Distribución y desigualdad educativa en México, 1990*, documento de trabajo núm. 16, México, División de Estudios Políticos, Centro de Investigaciones y Docencia Económicas (CIDE).
- Cantú, Juan José y Juan Moreno Neira (1994), "Continuidad y cambio en ciertos patrones migratorios en el plano nacional", en *Memorias de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, t. 2, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)/Sociedad Mexicana de Demografía (Somed), pp. 296-302.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- INEGI (1994a), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica: metodología y tabulados*, México.
- (1994b), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica: análisis de resultados*, México.
- Jusidman, Clara y Marcela Eternod (1994), *La participación de la población en la actividad económica en México*, México, INEGI.
- Massey, Douglas S. (1987), "Understanding Mexican Migration to the United States", *American Journal of Sociology*, vol. 92, núm. 6, pp. 1372-1403.
- Muñoz García, Humberto y Ma. Herlinda Suárez Zozaya (1994), "Educación y empleo. Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey", en *Memorias de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, t. 2, México, INEGI/Somed, pp. 486-502.
- Muñoz Izquierdo, Carlos, Alberto Hernández Medina y Pedro Gerardo Rodríguez (1978), "Educación y mercado de trabajo: Un análisis longitudinal de los determinantes de la educación, la ocupación y el salario, en la industria manufacturera de la ciudad de México", *Revista del Centro de Estudios Educativos*, vol. 8, núm. 2, pp. 1-90.
- Padua, Jorge (1990), "Los desafíos al sistema escolar formal", en *México en el umbral del milenio*, México, Centro de Estudios Sociológicos (CES), El Colegio de México, pp. 307-344.
- Parker, Susan (1994), "Niveles salariales de hombres y mujeres en las áreas urbanas de México: 1986-1992", México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano (CEDDU), El Colegio de México (mimeo.).
- Selby, Henry A., Arthur D. Murphy, Stephen A. Lorenzen, Ignacio Cabrera, Aída Castañeda e Ignacio Chávez (1990), *La familia en el México urbano:*

mecanismos de defensa ante la crisis, México, Consejo Nacional para las Culturas y las Artes.

Schiefelbein, Ernesto (1978), "Educación y empleo en diez ciudades de América Latina", *Revista del Centro de Estudios Educativos*, vol. 8, núm. 3, pp. 93-136.

Schultz, Paul T. (1990), "Women's Changing Participation in the Labor Force: A World Perspective", *Economic Development and Cultural Change*, vol. 38, núm. 3, pp. 457-488.

Székely Pardo, Miguel (1995), "Economic Liberalization, Poverty and Income Distribution in México", documento de trabajo núm. 3, Centro de Estudios Económicos (CEE), El Colegio de México.

Tedesco, Juan Carlos (1980) "Educación y empleo industrial. Un análisis a partir de datos censales 1960-1970", en Germán W. Rama (comp.), *Educación y sociedad en América Latina y el Caribe*, Chile, Unicef, pp. 77-87.